

Se ha podido observar que en este reinado toda la defensa se detiene en el Danubio y en el Rin: esto significa que las tierras decumatas y la Dacia, desde donde el alto imperio tenía á raya la barbarie, estaban perdidas (1). Las tropas romanas ni siquiera sabían ya guardar la línea de sus ríos, que bandas armadas pasaban sin cesar en el intervalo de las grandes invasiones, de modo que la inquietud cundía por todas partes. Es el estado en que se hallará Francia en la época de las incursiones normandas.

Así, como se hará en el origen de los tiempos feudales y por las mismas razones, las provincias se cubrían de castillos y se reconstruían ó reparaban las murallas de las ciudades. Galieno reconstruyó las de Verona, puerta de Italia (2), y encargó á dos ingenieros de Bizancio fortificar las

de Valeriano. Eckhel (VII, p. 427-435) cree que no fué nunca César ni Augusto, á pesar de la precisa aserción de Trebelio Polión. La palabra *imperator* no sería ya entonces más que el título militar; pero hacía mucho tiempo que este título sólo se daba á los soberanos. Zonaras dice que un segundo hijo de Galieno fué condenado á muerte por el senado.

(1) Aurelio Víctor, Eutropio y Orosio (VII, 22) ponen en este reinado la pérdida de la Dacia. La serie de las monedas de Odesos,

plazas de la Mesia (3); Claudio II reedificará los muros de Nicea; Aureliano y Probo continuaron sin duda estos trabajos de defensa, y penetrando los bárbaros muy adentro en las provincias, las ciudades del interior se rodeaban de murallas como las de las fronteras.

Los emperadores de los dos primeros siglos no habían tenido necesidad de tanta prudencia para hacer del imperio una inmensa ciudad pacífica y laboriosa, cuyos aproches había bastado cubrir con avanzadas, que soldados disciplinados hacían respetables. Las dos épocas están caracterizadas por sus monumentos: en la una, las obras de la paz, de la fuerza y de la confianza; en la otra, las obras de la guerra, de la debilidad y del espanto.

que comienza en Trajano y acaba en Salonina, prueba que esta parte de la Mesia, donde los godos habían destruido á Istria, tendía á separarse del imperio.

(2) Así Verona tomó su nombre: *Colonia Augusta Verona Nova Gallieniana*, inscripción de la puerta de Verona llamada hoy *de Borsari* (C. I. L. V, 3329).

(3) Treb. Polión, *Gall.* 13... *instaurandis urbibus muniendisque praefecit*. Uno de estos ingenieros se llamaba Ateneo, y tenemos de un autor de este mismo nombre, en los *Mathematici veteres*, 1693, un tratado sobre máquinas de guerra.



Pendiente de collar adornado con un áureo del emperador Póstumo

DECIMOTERCIO PERIODO

FORTALECIMIENTO DEL IMPERIO POR LOS PRINCIPES ILIRIOS (268-305)

CAPITULO XXVII

CLAUDIO Y AURELIANO (268—275)

I. — CLAUDIO II (268-270). — LA PRIMERA INVASIÓN RECHAZADA.

Los conjurados del campamento de Milán no se asemejaban á los pretorianos que en otro tiempo hicieron almoneda del imperio; eran valientes soldados, resueltos á acabar con la vergüenza de Roma con el restablecimiento de la disciplina y con el propósito de llevar vigorosamente la guerra contra los bárbaros. Así pues eligieron para el poder supremo al que parecía más experimentado y tenía más renombre, al dálmata Claudio (1). Los aduladores de Constancio Cloro, su sobrino, dieron á Claudio por ascendiente al troyano Dárdano; pero él tenía también su nobleza. Decio lo había declarado indispensable á la república; Valeriano lo tenía en alta estimación, y Galieno temía su juicio.

En el reinado de Valeriano, Claudio había tenido el gobierno de la Iliria y el mando de las tropas diseminadas desde los Alpes hasta el Euxino, con los emolumentos del prefecto de Egipto, los honores del procónsul de Africa y un séquito tan numeroso como el del emperador; por donde se ve que el fausto de las cortes orientales había contagiado á la de Roma y transformado, aun en aquellos tristes tiempos, el severo *comitatus* de los antiguos procónsules en un cortejo real, ruinoso para las rentas públicas. La molición de Galieno lo irritaba, y habiendo sabido algo el príncipe, se apresuró á escribir á uno de sus oficiales una humilde carta, en que se revela claramente la miserable condición de aquellos Augustos que no sabían mandar ni hacerse obedecer:

«Nada me ha sido más sensible que saber por tu carta que Claudio, nuestro pariente y amigo, está muy irritado contra mí por falsos rumores que han llegado á sus oídos. Te ruego, caro Venusto, que si quieres mostrarme afecto, te sirvas empeñar á Grato y Herenio á calmarlo. Pero que pase todo sin que se enteren los soldados dacios, ya descontentos, no sea que se dejen llevar á extremos enojosos. Le envío presentes y espero que hagas de modo que le sean aceptos. Pero que no sospeche él que yo sé su resentimiento, pues pudiera tomar un partido violento (2).»

(1) Marco Aurelio Claudio. Trebelio Polión (*in Claudio?*) le da el gentilicio de *Flavio*, que pasó á toda su descendencia. ¿Era él de la conjura? Zósimo y Zonaras lo afirman, y nosotros no lo dudamos á pesar de lo que pretende Juliano su pariente. Tenía dos hermanos, Quintilo, de quien se tratará después, y Crispo, cuya hija Claudia, casada con Eutropio, tuvo por hijo á Constancio Cloro.

(2) Los presentes eran: «Dos copas de 3 libras guarnecidas de pedrería; dos tazas de oro y piedras finas; una fuente de plata cincelada

Galieno creía haber pagado así su rescate, y se engañó, pues no por esto fué menos despreciable para Claudio. Cuando los conjurados lo proclamaron emperador, hubieron de mostrar los soldados cierto descontento para obtener más lucro. Veinte monedas de oro distribuidas por plaza disiparon todo escrúpulo y declararon tirano al emperador muerto. El senado se apresuró á hacer lo mismo; arrastró á las gemonias á los familiares de aquel que se había inquietado de encontrar entre los senadores un resto de patriotismo, y se refiere que en la misma curia, se le arrancaron los ojos á uno de los oficiales del tesoro, iniquidad que anuncia la proximidad del Bajo Imperio.

Claudio cortó estas ejecuciones y los Padres conscriptos, ya arrepentidos, pusieron á Galieno en el número de los divos, *divi*, lo que equivalía á aprobar todos sus actos.

Cuando supieron la proclamación de Claudio, la confirmaron con aquellas repetidas aclamaciones que nos parecen tan contrarias á la gravedad senatorial, pero que no extrañaba entonces nadie. «¡Augusto Claudio, los dioses te concedan á nuestros votos! (repetido 60 veces). ¡Claudio Augusto, tú ó un príncipe como tú, es lo que hemos deseado siempre! (40 veces). ¡Claudio Augusto, los votos de la república te llamaban al imperio! (40 veces). ¡Claudio Augusto, tú eres el modelo de los hermanos, de los padres, de los amigos, de los senadores y de los príncipes! (80 veces). ¡Claudio Augusto, libranos de Aureolo! (5 veces). ¡Claudio Augusto, libranos de los palmiranos! (5 veces). ¡Claudio Augusto, libranos de Cenobia y de Victoria! (7 veces). ¡Claudio Augusto, reduce á la nada á Tétrico! (7 veces).»

Claudio se encontraba, en efecto, en frente de tres adversarios. Mejor inspirado que el senado desdeñó á dos que se hallaban en los extremos del imperio, se deshizo rápidamente del tercero, de Aureolo, á quien un juicio de soldados condenó á muerte, y se ocupó seriamente en los preparativos de una guerra definitiva contra los bárbaros. «El asunto de Tétrico, hubo de contestar á los senadores,

de 20 libras; otra de plata igualmente con pámpanos cincelados, de 30 libras; otra, también de plata, con hojas de hiedra cinceladas, de 23 libras; otra del mismo metal, de 20 libras, con un grabado de pesca; dos jarros de plata de 6 libras con incrustaciones de oro; vasos pequeños de plata con peso de 25 libras todos; diez copas de Egipto, con diversas labores; dos clámides de color vivo, mezcladas de seda; diez y seis vestidos de todas clases; una túnica blanca, mezcla de seda; un traje de lino con franjas de seda bordadas de oro; tres pares de borceguís de piel de Persia; diez cinturones; una clámide dardania en forma de manto; un manto ilírico para la lluvia; un cascón de capucha; dos capuchones de pieles; cuatro piezas de tela fenicia; 150 valerianos de oro; 300 *trientes salomínios*.»

no importa á nadie, sino á mí; lo de los godos interesa á la república (1).»

De treinta años atrás venían estos bárbaros causando estragos en las fronteras romanas, y llegando á escasear el botín á fuerza de pillaje, hubo de ocurrirles la idea de establecerse en cuerpo de nación en el interior del imperio, de cuyo clima gustaban por ser más templado que el de las llanuras escíticas, donde el rigor del frío y del calor hace la vida tan dura. Muchos mensajeros corrieron de las orillas del Niester á las del Morava (March); celebráronse consejos entre los tervingios, ó godos del Oeste, entre los gépidos, los hérulos y los peucinos, y se formó una vasta coalición para secundar la invasión de los godos del Este ó grutungos, por medio de una serie de ataques en el Danubio medio. Los escordiscos, de origen céltico, entraron en la liga; los alamanos y sus vecinos los yutungos, sin duda informados de estos proyectos, se prometieron aprovecharlos para volver á dar un golpe de mano en el rico valle del Po. Estos fueron los primeros que se prepararon, pues sin esperar á sus aliados se lanzaron, desde el año 268, en los desfiladeros de los Alpes que conocían muy bien y descendieron á orillas del lago de Garda.

Claudio los recibió allí con un ejército en que había tomado ya prestigio, y la mitad de los bárbaros cayeron al filo de la espada de los legionarios. Este principio era de buen agüero para una guerra más seria.

Durante el invierno de 268, el hacha no dejó de resonar en los bosques sármatas; los derribados árboles rodaban hasta la orilla de los ríos, cuyas aguas cubrían dos mil barcos la primavera siguiente, amontonándose en ellos bravos y expertos guerreros.

La horda, compuesta de 320.000 combatientes, sin contar las mujeres, los niños y esclavos, se puso en marcha hacia el Oeste, con innumerables ganados y grandes carros que en los campamentos servían de recinto (2). El ejército y la flota siguieron la costa á cierta distancia de la playa, y el uno á causa de los pantanos que esos ríos perezosos dejan en su embocadura, la otra en razón de los bancos ó barras que los aluviones forman bastante adentro en el mar (3).

La travesía del Danubio se hizo con la asistencia de los barcos y algunas jornadas de marcha condujeron á los godos á vista de Tomi. Las invasiones precedentes habían hecho sentir á todas las ciudades de aquellas regiones la necesidad de levantar sus derruidos muros y ponerse en estado de defensa. Tomi cerró sus puertas, los habitantes guarnecieron sus murallas y los godos no se hallaron en aptitud de abrir brecha. No pudiendo tampoco detenerse

(1) Tomó, sin embargo, contra el emperador de las Galias algunas precauciones para cerrarle la Italia y amenazar sus provincias. Una inscripción recién descubierta en Grenoble, da á Claudio el título de *Germánico Máximo*, que tomó á consecuencia de su victoria sobre los alamanos y revela un hecho desconocido de los historiadores, la preparación de una campaña contra Tétrico. Esta inscripción estaba grabada en la base de una estatua erigida á Claudio por un cuerpo de ejército acantonado en la Narbonense, donde se encontraban *protectores* (guardia imperial) al mando del *perfectissimo* Junio Placidiano, prefecto de los *vigiles* (Renier, *Mem. de la Acad. de inscrip.* 18 julio 1879.)

(2) Este uso era tan conocido de los romanos, que para expresarlo inventaron una palabra, *facta carragine* (Trebell. Polión, *Gall.* 13, y A. Marcelino, XXXI, 7). Los godos, antes de la batalla de Andrinópolis, y Atila después de la batalla de Chalons, se encerraron en un recinto de carros y los americanos hacen todavía lo mismo en territorio indio.

(3) Cualquiera que fuese el número de los barcos, la flota no pudo cargar con todo el ejército, y la historia de esta invasión sería incomprendible, si no se admitiera que hubo á la vez un ejército de tierra y otro de mar.

en aquellas planicies de la Dobrudja, donde es tan difícil vivir, tomaron el camino de los Balkanes en la dirección de Marcianópolis (á 18 millas al Oeste de Varna).

Esta ciudad edificada por Trajano fué digna de su fundador y rechazó todos los ataques. Los bárbaros entonces concibieron un plan hábil, y se separaron. La flota hizo vela con rumbo á la Propóntide, amenazó á Bizancio y Cícico, y después, á pesar de una tormenta, que le causó gran pérdida de barcos y de hombres, ganó la península del Atos, donde todavía se dividieron los que la montaban: los unos sitiaron á Casandrea, la antigua Potídea, y la gran ciudad de Tesalónica para abrirse la Macedonia; los otros devastaron la Grecia, las Cícladas, Creta, Rodas, Chipre, y agotando su fuerza en la descarga, fué á perderse la tempestad en las costas de Panfilia.

Mientras el rumor de estos pillajes retenía inactivas en el Sur del imperio las fuerzas romanas, que se hallaban alrededor del mar Egeo, el ataque principal se pronunciaba al Norte: los godos atravesaban la Mesia y llegaban al valle del Margo (Morava del Sur), comprendiendo muy bien que no encontrarían establecimiento tranquilo en la orilla derecha del Danubio hasta haber destruido el ejército imperial. Desde los galos y Aníbal, nunca se había visto Roma en tan gran peligro. Claudio escribió al senado diciendo:

«Os debo la verdad, Padres conscriptos: trescientos veinte mil bárbaros han invadido el territorio romano. Si triunfo de ellos, reconozco que hemos merecido bien de la patria; si no soy vencedor, recordad á quién he sucedido. La república está agotada, y combatimos después de Valeriano, después de Ingenuo, de Regaliano, de Leliano, de Póstumo, de Celso, después de mil otros que el menosprecio inspirado por Galieno había apartado de la república. No tenemos ya escudos, ni espadas, ni armas arrojadas. Tétrico es dueño de las Galias y de las Españas, que son las fuerzas del imperio; y lo que me avergüenzo de escribir, todos nuestros arqueros sirven á Cenobia. Por poco que hagamos, será mucho en tales circunstancias.»

Claudio tomó prudentes determinaciones. No se fué derecho al encuentro de aquella enorme masa de bárbaros: dejando á su hermano Quintilo á la cabeza de fuerzas considerables al rededor de Aquilea, para tener cerrada esta puerta de Italia, atravesó la Iliria, entró en Macedonia por el paso de Escupi y se detuvo en el alto valle del Axios. De esta manera se situaba entre la flota de los godos y su ejército de tierra. Cubierto contra éste por el monte Orbelos, podía por el Axios, que desembocaba en el golfo Termaico, vigilar y saber lo que pasaba en la costa. Si las máquinas que los bárbaros habían hecho construir á los tráfugas triunfaban de la resistencia de los habitantes de Tesalónica, el emperador se hallaba en estado de impedir á los vencedores que se extendieran á Macedonia y que se reunieran con sus hermanos. Esta posición le permitía pues esperar el momento oportuno para dar el golpe decisivo.

Pero los godos no sabían tomar á viva fuerza una plaza bien defendida, ni tenían la paciencia necesaria para reducirla por el hambre. A la noticia de la aproximación de Claudio, marcharon audazmente á su encuentro. Aureliano, nombrado maestro de la caballería, los atacó con un combate en que se distinguieron los jinetes dálmatas. Tres mil godos mordieron el polvo; hiciéronse muchos más prisioneros, y Claudio, libre ya de sus movimientos al Norte por el desorden del enemigo en el Sur, pasó los montes para ir á buscar el grande ejército en el valle del Margo.

Dióse la batalla cerca de Naiso (Nisa) y fué prolongada

y sangrienta. Un cuerpo de ejército que pudo operar por un camino mal guardado, envolvió al enemigo y lo atacó por la espalda. Esta maniobra fué desastrosa para los bárbaros: cincuenta mil quedaron en el campo de batalla (269); y los otros, cortados por el valle del Danubio, se lanzaron en desordenadas turbas sobre Macedonia y Tracia.

Las legiones se dividieron para perseguirlos; y con esto se dispersó la guerra y se hizo imposible repetir el golpe dado en Naiso. De vez en cuando se detenían los bárbaros en medio del recinto formado con sus carros, fortificación móvil desde donde más de una vez hicieron salidas afortunadas contra los romanos, si en pequeño número se arriesgaban á acercarse.

Pero diezmados por continuos ataques, por el hambre y las enfermedades, perecían á multitudes. Una banda bastante numerosa logró refugiarse en los Balkanes. Los romanos los persiguieron también hasta aquí y cortaron las salidas de las montañas, donde durante un riguroso invierno faltaron los viveres. Para acabar, entró Claudio en los desfiladeros y los forzó en sus posiciones (270).

El emperador redactó su boletín de victoria con un énfasis que hay que perdonarle esta vez:

«Hemos exterminado ciento veinte mil godos y echado á pique dos mil barcos. El agua del río se oculta bajo los escudos que arrastra, las orillas bajo las espadas y lanzas rotas, los campos bajo los huesos de los muertos, y todos los caminos están embarazados con el inmenso bagaje que han abandonado.»

La flota imperial había dado también buena cuenta de los barcos que quedaban de los dos mil que salieron del Niester: de manera que de aquella inmensa multitud de bárbaros, muy pocos pudieron volver á los lugares que un año antes habían abandonado tan llenos de audacia y esperanzas. Los que no habían perecido fueron á cultivar como esclavos ó colonos las tierras de los vencedores, mientras sus mujeres fueron distribuidas entre los soldados romanos. Cierta número de jóvenes bárbaros alistados en las cohortes, y otros, enviados á Roma para los juegos del anfiteatro. La capital no fué á buen seguro la única que recibió «un presente de gladiadores»; Claudio hubo de conceder el mismo favor á muchas otras ciudades, para que toda Italia viera servir para sus diversiones á aquellos godos que durante toda una generación le habían inspirado tanto terror.

La gran sangría hecha á la nación gótica iba á asegurar un siglo de tranquilidad á la Mesia. Pero el príncipe que había rechazado esta primera y formidable invasión, cayó en su triunfo. La peste le había ayudado á libertar las provincias; pero al fin lo hirió también á él, que murió en Sirmio, en abril de 270.

No tenía más que cincuenta y cuatro años y su sana y fuerte vejez prometía al imperio un reinado reparador, porque amaba la justicia, quería la disciplina y no le faltaba energía para mantenerla. En medio de aquellos inmodestos sobrenombres que tantos emperadores recibieron por reales, y más á menudo por problemáticas victorias, el historiador debe poner en el lugar más distinguido el de Claudio el *Gótico*. Los pueblos conservaron su memoria; y en tiempo de Constantino, aun decía Eumenes: «¿Por qué no vivió más tiempo el salvador de los hombres llegando á ser más tarde compañero de los dioses?»

A la noticia de la muerte de Claudio, las legiones de Aquilea proclamaron á su hermano, M. Aurelio Quintilo, á quien el senado se apresuró á reconocer. Los soldados de Panonia habían tenido mejor elección, proclamando á Aureliano á quien, según ciertos autores, había designado

por sucesor el mismo Claudio. Tal era la reputación de este jefe que su rival no quiso entrar en lucha con él. En efecto, después de un reinado de tres semanas, según unos, de algunos meses, según otros, Quintilo se dió la muerte, ó se la dieron sus soldados, á quienes incomodaba su severidad.

II.—AURELIANO (270-275).

«Después de las ceremonias de la fiesta de Cibele, dice Vopisco, el prefecto de la ciudad, Junio Tiberiano, me hizo subir á su carro, que nos llevó del Palatino á los jardines de Varo, y hablamos, entre otras cosas, de la historia de los emperadores. Cuando llegáramos al templo del Sol, consagrado por Aureliano, Junio, que pertenecía á la familia de este príncipe, me preguntó si se había escrito su vida.—Griegos lo han hecho, le contesté, pero ningún latino se ha ocupado en eso.—¿Cómo así! exclamó este virtuoso personaje, ¡un Tersites, un Sinón y todos los monstruos de la antigüedad nos son conocidos, los conocerá la posteridad también, y Aureliano, ese valeroso príncipe, que ha devuelto á Roma su universo, será ignorado de nuestros descendientes! Sin embargo, tenemos sus efemérides, en que había ordenado se consignaran sus actos de cada día (1). Yo haré que te den estos libros, que están en la biblioteca *Ulpiana*, para que presentes á Aureliano tal como fué.»

Ricos materiales eran los que el magistrado supremo ofrecía al historiador; pero Vopisco, pobre ingenio y más pobre escritor, no supo aprovecharlos. Las piezas oficiales, que sacó de los archivos, son por muchos conceptos interesantes; algunas de ellas nos han servido ya en nuestro trabajo y todavía han de servirnos otras.

Claudio había destruido el grande ejército gótico, salvo algunas bandas refugiadas por aquí y por allá en las montañas, que reaparecieron un momento en las cercanías de Anquialos y de Nicópolis, donde las gentes del país bastaron para dispersarlas. Pero según el plan concertado debía haber otra invasión por la Panonia; los vándalos, los yutungos y los alamanos se agitaban de una manera sospechosa, y para atajar á estos nuevos invasores, se había dirigido Claudio al Norte y acantonado sus tropas en Sirmio, plaza fuerte, no lejos de la embocadura del Save en el Danubio y centro de la defensa en aquella región.

Aureliano se hallaba allí á la muerte de Claudio y esta circunstancia le valió el imperio. Había nacido en 214 (2) en los alrededores de esta ciudad, y era hijo de un colono del senador Aurelio, cuyo liberto, según el uso, había tomado su nombre. Su madre era sacerdotisa del Sol en el villajo en que vivían y el hijo conservó siempre una devoción particular á este dios. Conocemos su valor, sus hazañas

(1) *Ephemeridas... libris vintis* (Aur. I). Se ha puesto la escena referida en este pasaje hacia 291, ó sólo 16 años después de la muerte de Aureliano. Junio Tiberiano ejercía aquel año el segundo consulado, no la prefectura de la ciudad. Muchos pasajes de los capítulos XLII y XLIII prueban que Vopisco escribió su libro después del advenimiento de Constancio Cloro (305). El padre de Vopisco había estado entre los familiares de Diocleciano y acabamos de ver que el hijo era comensal del prefecto de la ciudad. Estas relaciones en la más alta sociedad de Roma lo pusieron en estado de aprovechar recuerdos de antiguos compañeros de armas de Aureliano; pero su poco mérito prueba que aquella sociedad no era muy exigente para las dotes del ingenio.

(2) Malala (XII, p. 301) supone que murió á los 61 años de edad, y por consiguiente nació en 214. Tillemont y Wietersheim fijan su nacimiento en 212. La *Crónica de Alejandría* le da 75 años á su muerte, pero los hechos de su reinado, sus medallas y otras consideraciones no permiten atribuirle edad tan avanzada.